

Sergio Ramírez: “Los sueños de revolución en Nicaragua fueron muy caros”

El novelista nicaragüense Sergio Ramírez se ha visto censurado recientemente por el presidente Daniel Ortega. Una censura que ha sido contestada y repudiada por numerosos intelectuales. En esta entrevista, el autor de ‘El cielo llora por mí’ (Alfaguara), habla de su mundo literario

Las decisiones de un niño que quiso ser escritor

Por Daniel Rodríguez Moya

“Aquí está la revolución. No puedo estar escribiendo novelas mientras el país arde”. Dejar de escribir, para alguien que desde niño ha necesitado de ello para explicar y explicarse el mundo, no fue una decisión fácil. Pero el nicaragüense Sergio Ramírez (Masatepe, 1942) tuvo que optar por ello en un momento de su vida que hoy parece tan lejano como los sueños de la Revolución Sandinista. “Dejé de escribir diez años. Ese es el gran tributo que yo pagué a la revolución en Nicaragua. Quizá los mejores años de mi vida de escritor, entre mis 33 y mis 43 años, se los entregué al país, a la revolución”, confiesa ahora Ramírez nada más empezar esta conversación que se desarrolla en la Granada española –hay otra nicaragüense–, cuando lleva retirado de la escena política más de diez años, aunque su compromiso con el país no ha desaparecido, y su nombre encabeza cada una de las protestas que en los últimos tiempos están originándose en Nicaragua en contra de los abusos del gobierno liderado por el comandante Daniel Ortega.

Desde antes de mediados de los 70 Sergio Ramírez tuvo que tener la cabeza, el corazón, y cada uno de los mil sentidos necesarios, en sacar al país de décadas de

tiranía somocista, y claro, la escritura o cualquier otra actividad era literalmente incompatible. “Primero estábamos botando a Somoza, y era un trabajo a tiempo completo. El trabajo de conspirador es muy absorbente, y yo estaba conspirando todo el día. Desde hacer manifiestos políticos hasta el trasiego de armas”, recuerda el escritor con cierta ironía. Fruto de las conspiraciones, de la lucha de un pueblo entero, llegó el día del triunfo de la revolución, un 19 de julio de 1979, hace casi 30 años. “¿Ahora qué hacemos?” fue la pregunta que asaltó a Ramírez entonces. “Yo tenía ya una responsabilidad política en el poder, en la primera Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, en todo lo dramático que fueron esos primeros años”, justifica. Así que la literatura se alejaba aún más hacia un horizonte dudoso.

“Estábamos botando a Somoza, y era un trabajo a tiempo completo. El trabajo de conspirador es muy absorbente”

Los primeros años de gobierno, hasta 1984, prácticamente no escribió una línea. Después Sergio Ramírez fue el compañero de fórmula de Daniel Ortega en las elecciones de ese año y fue electo vicepresidente del país, “ese título indeleble que ya nunca me va a abandonar, porque han pasado después de mí 15 ó 10 personas ocupando ese cargo, pero yo sigo siendo ‘el vicepresidente’”, asegura con cierta resignación. En aquel momento Sergio Ramírez se lo replanteó todo. “Ahora viene un periodo vicepresidencial de 6 años, si yo sigo sin escribir todo este tiempo, dejé de ser escritor”, se dijo. La solución, no podía ser otra: “Lo que hice fue levantarme a la madrugada y escribir de las 5 a las 9 de la mañana porque si no yo sacrificaba la vocación de mi vida”.

¿Cómo iba a dejar de ser escritor un hombre que siendo niño, en un pueblito pequeño de la Nicaragua rural llamado Masatepe, sintió el rayo, la picazón del veneno de la literatura? “Mi madre era profesora de literatura en la escuela de Secundaria en la que yo me formé, era una escuela muy pobre. Me bachilleré aprobando las asignaturas de física y química sin haber conocido un laboratorio, todo era teórico, mi colegio no tenía laboratorio. Los profesores tenían que explicar las propiedades de los elementos químicos sugiriéndonos los colores y olores, como un verdadero literato debe hacerlo, porque no teníamos a mano ninguna probeta, ningún tubo de ensayo. Por primera vez supe del azufre por su descripción. Se puede describir el infierno desde lejos, y a los diablos”. El azufre que rememora Ramírez es el mismo que aún hoy emana del cráter Santiago, en el volcán Masaya, muy cerca de su Masatepe natal, y del barrio masaya de Monimbó, donde también el azufre se pudo oler en los 70, cuando los monimboseños, ataviados con las máscaras del Guegüense y el Macho Ratón con las que ridiculiza el folclore nica a los conquistadores españoles, inventaron las ingeniosas bombas de contacto. Pero el Sergio Ramírez que ahora, cuando no está de viaje, sale cada mañana temprano para comprar los periódicos en su barrio de Managua, asegura que lo que le gusta de verdad es hablar de literatura, “cuando me dejan”.

“Uno es narrador cuando siente la necesidad de contarle a otro lo que cree que le interesa”

Recuerda una entrevista que le hicieron a Isaac Bashevis Singer, el gran escritor en yidish Premio Nobel de Literatura, en la que le preguntaban cuál era la razón para que él fuera narrador “Él decía algo que yo sentí que era muy cierto. Decía que por necesidad. Uno es narrador cuando siente la necesidad real de contarle a otro lo que uno cree que le interesa. Esa me parece una definición perfecta. Y esa

necesidad uno la puede sentir bajo cualquier circunstancia, en cualquier lugar, en la cárcel, en un pequeño pueblo, en la cama de un hospital, donde sea, siempre que necesites contarle a otro lo que tú crees que es extraordinario y los demás se están perdiendo, lo que tú estás viendo que ocurre en las vidas humanas y que los demás no lo notan. y que si lo escribes, igual se dan cuenta de que pasó a su lado una historia extraordinaria y no la vieron”.

Esa necesidad, cada vez más imperiosa, acompañó a Sergio Ramírez desde la adolescencia, y se fue con él a León, León de Nicaragua (Santiago de León de los Caballeros). “En los términos del pueblo del que yo venía, con unos 6.000 habitantes, llegué a una ciudad de 60.000, y eso fue una transformación muy grande en mi vida. Es lo que muchos escritores latinoamericanos han contado, el tránsito del pequeño pueblo a la gran ciudad, de la aldea a la metrópoli y lo que eso significa en cuanto a la transformación de tu visión del mundo”. León era la ciudad tradicional de Nicaragua, fundada, en 1524 por los conquistadores. Sede episcopal, de la primera universidad creada por decreto de las Cortes de Cádiz en 1812, una ciudad en la que se respiraba la tradición, la cultura, el peso de la historia. Allí llegó a estudiar Derecho en el año 1959. Derecho y no otra cosa, periodismo por ejemplo, como un compañero del Bachillerato que se fue a Chile para estudiar esa carrera. “¿Pero eso es una profesión?, me dijo mi padre cuando le planteé que yo quería también estudiar periodismo. Para él sólo existían como profesiones el Derecho y la Medicina. Desde luego que a mí no me interesaba la medicina, así que lo que me quedaba era ser abogado, pero yo lo que quería verdaderamente era ser escritor”.

El joven estudiante se encuentra que en León todo el mundo es poeta. “La gente se saludaba de esquina a esquina diciendo ‘¡adiós poeta!’” Pero Ramírez, aunque “desgraciadamente” escribió poemas, “no podía ser menos”, tuvo claro que lo

que iba a ser era cuentista porque “para mí el novelista no existía”. Los cuentistas que escribían en Nicaragua pertenecían al mundo rural, con un estilo literario en el que predominaba el hablar de los indios, de los campesinos... “Esto es un fenómeno de América Latina, no sólo de Nicaragua. Tan extraños al mundo campesino y rural eran los escritores que ponían entre comillas el habla popular, como para no contaminarse”, señala Sergio Ramírez, que pretendía “romper con el vínculo que tenía la tradición narrativa, escasa en Nicaragua, con esta forma vernácula de escribir”.

“Quise romper con el vínculo que tenía la tradición narrativa con la forma vernácula de escribir”

A Rubén Darío, “el gran fundador de la literatura en Nicaragua”, se le había asumido como poeta. Mucha gente escribía poesía modernista todavía, a pesar de que ya había llegado todo el movimiento de la vanguardia, porque la poesía en Nicaragua se modernizó de manera muy rápida dejando atrás a Darío. Pero el ambiente modernista “era muy pesado” y Nicaragua, “aunque reconocía como elemento fundador de la cultura nicaragüense a la poesía dariana, no lo hacía así en la prosa”. El escritor asegura que en esa época “nadie leía los cuentos de Rubén Darío, que habían sido otra ruptura tan importante como la poesía”. Entonces Ramírez procuró buscar esta ruptura en la prosa, en el cuento, lejos de la novela. En este contexto publica su primer libro, ‘Cuentos’ (1963), “no es que yo no tuviera imaginación entonces, pero bueno, no se me ocurrió más que ese primer libro se llamara así”, bromea Ramírez. Y al poco, se produce un nuevo salto vital, un cambio de rumbo que sucede al viajar a Costa Rica. “Allí me ofrecieron un cargo en un organismo regional de la universidad, como jefe de relaciones públicas. Pasar de León a San José era otro salto. San José era Europa para mí, porque allí había teatros, orquestas sinfónicas, funciones cada noche y librerías muy buenas como las que uno se podía encontrar en

Santiago o en Buenos Aires. Entonces me encontré con la literatura realmente, con los libros de la literatura moderna, allí en San José, con Cortázar, con Borges, con Fuentes, con Vargas Llosa...”

Pero uno de los encuentros será más importante en el giro que experimenta la visión sobre la literatura de Sergio Ramírez: la obra de Juan Rulfo. Sergio Ramírez llevaba consigo el afán de romper con la literatura vernácula y Rulfo le enseñó cómo. “Había que bajarse del balcón, no dejar de hablar del mundo rural y popular indígena, porque era parte de la realidad de América. Se trataba de cambiar la manera de verlo, bajándose del balcón y hablando con la gente, con las voces de la gente, que en Rulfo es hablar con las voces de los muertos”. El cambio de voz que le enseñó el autor de ‘Pedro Páramo’ fue “trascendental”, pero tampoco olvida el encuentro con Cortázar, del que reconoce el magisterio “en la manera de elaborar una historia corta, que es lo que yo todavía tenía presente en mi panorama”.

“De joven, en San José, me encontré realmente con la literatura, con Cortázar, Borges, Fuentes, Vargas Llosa”

La llegada de Sergio Ramírez a la novela, no obstante, no vino de la mano de ninguno de los grandes autores que cita, sino de su propio padre. Al publicar ‘Cuentos’ fue “con temor” a ver a su padre para entregarle “lo que había hecho después de cinco años de estar en la Universidad. Llegué y se lo enseñé y entonces lo que me dijo fue: ‘Bueno, ahora tienes que escribir una novela’, y eso me llamó mucho la atención, porque en su mente el libro de cuentos no era más que una escala para algo superior que era la novela”. Y aunque Sergio Ramírez asegura que para él “son universos separados con sus propias reglas, sus propias órbitas” y que nunca estuvo

de acuerdo con esa división que había establecido su padre, lo cierto es que esa conversación con él fue la que le precipitó a la novela.

Parte del fenómeno de los años 60 en América Latina es que la literatura cambia de naturaleza, deja de ser la literatura local, provinciana de consumo nada más nacional, para convertirse en un fenómeno global latinoamericano y también europeo. Ramírez señala que ya había escritores universales en América Latina como Gallegos, “que había creado un arquetipo como doña Bárbara”. Y es que “lo importante en literatura, siempre, es crear un arquetipo y Gallegos lo había creado, como Ricardo Güiraldes con don Segundo Sombra. Ya teníamos, por tanto, arquetipos en la literatura latinoamericana en la primera mitad del siglo, una literatura muy heredera del naturalismo, del realismo, pero a veces muy patética, muy politizada con la denuncia”. En este sentido Ramírez apunta que la literatura se usaba como un “instrumento de la lucha de clases”, una herramienta de algo “que se creía que podía ser muy superior a la literatura, que era el interés social”.

“Yo tengo una ambición por contar la historia, algo que me parece que es genético en los escritores hispanoamericanos”

El escritor en ciernes no podía quedarse encerrado en la cárcel nicaragüense, ni siquiera en la cárcel centroamericana, y su primer vínculo fuera de Centroamérica, entonces, fue en México. “Para mí la modernidad juvenil de la literatura, y donde yo quería estar, era la serie El Volador, de la editorial Joaquín Mortiz, de México. Eran unos libros de bolsillo donde se publicaba a Carlos Fuentes, a Gustavo Sáenz, a los escritores nuevos de México”. Cuando finalizó ‘Charles Atlas también muere’ entregó el original en México a don Joaquín Díaz Canedo, que era el propietario de la

editorial Joaquín Mortiz, y allí se publicó el libro, “lo que fue mi carta de entrada a este universo nuevo”.

Como buen escritor latinoamericano, asevera Ramírez, “yo tengo una ambición por contar la historia, algo que me parece que es genético en los escritores latinoamericanos, una tarea que no agotan ni con su propia vida”. Y en este punto, la conversación deriva hacia una constante en sus novelas, en sus cuentos: la presencia de un contexto histórico muy determinado y determinante. “Hay una diferencia notable que yo encontré siempre entre la literatura española peninsular y la literatura latinoamericana. Cuando publiqué ‘Castigo divino’ en España, en los años 80, lo que se publicaba acá era una literatura narrativa que tenía mucho que ver con la nouvelle roman francesa, es decir, esto de la experiencia personal urbana, de la exploración interna, del aburrimiento de vivir en la ciudad, de la decepción individual. Siempre me preguntaba ‘¿y la historia? ¿y las historias que hay en el franquismo, en la República, la guerra civil... dónde están?’. Por no hablar de la historia anterior. Pero no estaban en ningún lado, mientras que no había novela latinoamericana que no explotara por todos los poros la historia”. Ramírez recurre entonces, como obras paradigmáticas, a García Márquez con ‘Cien años de soledad’, “donde la historia está ahí, con la Guerra de los Cien Días, que definió la violencia en Colombia por muchos años”. También señala ‘La región más transparente’ de Carlos Fuentes, de la que se va a cumplir ahora 50 años de haber sido publicada, donde “hay un prisma de muchas caras, de la ciudad de México moderna destilando toda la historia más reciente a través de la Revolución”.

Sergio Ramírez, también se propuso contar la historia de Nicaragua, y lo ha hecho en novelas tan celebradas como ‘Margarita está linda la mar’ (1988), ‘Un baile de máscaras’ (1995) o ‘Sombras nada más’ (2002). Se trata de “una tarea que yo ni

siquiera he empezado en mi ambición de novelista, porque en mi lista de espera hay aún muchos episodios por contar, de la historia del siglo XIX, de la dictadura de Somoza, de la lucha de Sandino, de la intervención de los yanquis en Nicaragua, que ha sido muy poco contada”. La novela, irremediabilmente para este escritor, está vinculada a la historia pública, aunque “obviamente la novela no es sobre la historia pública, es sobre la vida de la gente, pero en la medida en que la historia de la gente tiene que pasar por este arco de fuego como los tigres en los circos, de la historia encendida, la historia es absolutamente inevitable. ¿Qué historia se podría contar en América Latina de las vidas privadas si fuera, lejos o cerca de la ventana de la alcoba en la que se está desarrollando la historia, de pronto suenan unos tiros o unas explosiones?”.

“En mi lista de espera hay muchos episodios por contar de la Historia, desde el siglo XIX a la actualidad”

Sergio Ramírez nació en “el lejano” año de 1942, bajo el viejo Somoza, fundador de la dinastía que había asesinado a César A. Sandino. Fue a la universidad en 1959 bajo la dictadura de Luis Somoza Debayle, hijo del viejo fundador de la dinastía. Colaboró “en todo lo que pude” en el derrocamiento de Anastasio Somoza Debayle, que ya estaba preparando el ‘reinado’ de su hijo Anastasio Somoza Portocarrero. Teniendo esto en cuenta, “¿cómo puedo evadir la historia? ¿Cómo puedo declararme neutral en esa historia? ¿Serviría mi literatura si yo me declaro neutral ante una historia de ese tamaño?”, se pregunta el escritor sabiendo de sobra cuál es la respuesta. “No creo que yo hubiera hecho ningún papel escribiendo, digamos, una poesía abstracta, ajena a lo que estaba ocurriendo en Nicaragua. Mi lugar más real estaba ubicado en la novela, aunque tampoco yo quisiera ser un escritor realista en los términos tradicionales en los que lo entendemos. Sí me sentía, y esto lo

digo sin temor, un escritor comprometido, y esa es la palabra. Ahora da mucho miedo decir eso, pero antes significaba mucho. Uno tenía un compromiso con la vida, con la realidad, en su literatura y en los propios actos de la existencia”.

Del compromiso del que habla Sergio Ramírez queda poco rastro en la actual literatura nicaragüense. Los escritores más jóvenes lo evaden. En un reciente artículo, el joven poeta y crítico nicaragüense Francisco Ruiz Udiel recuerda que Gioconda Belli usa la palabra “desasosiego” para hablar de los jóvenes escritores nicaragüenses que iniciaron su andadura con el milenio. La escritora considera que se enfrentan a un mundo sin guía hacia la desilusión. También Ruiz Udiel cita a la poeta rusa-nicaragüense Helena Ramos, que define a los nuevos escritores como integrantes de la ‘Generación de Noluntad’, porque según ella, en la poesía de los jóvenes nicaragüenses predomina la voluntad de no querer prácticamente nada. “Dicen no a la manera anterior de amar, de hacer literatura y política”, explica. Para Sergio Ramírez éste no es un fenómeno exclusivamente nicaragüense. “Comienza a mediados de los años noventa. Los jóvenes de esa generación le dan la espalda a la política en el mundo”. El escritor resalta que la suya, la generación de los 60, fue esa época “en la que ocurren los grandes acontecimientos de la historia del siglo XX que tienen que ver con los jóvenes. Desde el mayo del 68 en París a Tlatelolco, también, en el 68, en México, toda la revolución musical, la revolución literaria...” Así, los noventa es una década “de la decepción en la que nadie quiere saber nada de la política. Los jóvenes quieren vivir su vida. Hay un retorno al individualismo, no olvidemos tampoco que es el triunfo del neoliberalismo, y el neoliberalismo no es un fenómeno económico, sino un fenómeno moral y ético. Los valores de la solidaridad que estaban establecidos, que uno se ocupara de los demás, se revierten. Y ahora la filosofía es ‘qué tengo que ver yo con los demás, yo debo ocuparme de mí mismo’, y esa introspección, esa

vuelta a uno mismo, no sólo es desgarradora, sino que viene a corromper los valores que se habían creado en la década de los sesenta”, sentencia el escritor.

“Los valores de la solidaridad que estaban establecidos, que uno se ocupara de los demás, se revierten”

En la conversación vuelven una y otra vez las referencias a la Revolución Sandinista, a las traiciones del comandante Daniel Ortega, a las persecuciones que sufren en la Nicaragua de hoy los intelectuales como Ernesto Cardenal o él mismo por no ser condescendientes con la corrupción gubernamental del Frente Sandinista de Liberación Nacional, en el que alguna vez creyeron; o a las elecciones, para las que en el transcurso de esta charla faltaban unos días, y que ahora, ya celebradas, no han hecho más que confirmar la tesis de Sergio Ramírez de que brillarían por una total falta de transparencia.

Sobre el acoso que el gobierno sandinista somete a los escritores charla con una mezcla de amargura y rebeldía no domada a pesar de los años y los golpes, un acoso que poco tiempo después de que se desarrollara esta conversación ha estallado en forma de un veto inaceptable por parte de una institución gubernamental nicaragüense, el Instituto Nacional de Cultura, que se ha negado a que Ramírez prologase un libro de poemas del poeta Carlos Martínez Rivas –del que poseen los derechos– para una colección iniciada por el diario español El País. “Podría ser que comiencen a detener en las aduanas la llegada de mis libros, como censura y represalia”, ironiza al respecto Sergio Ramírez, con el temor de no resultar finalmente exagerado, mientras agradece las muestras de apoyo que llegan, vía correo electrónico, desde todas las partes del mundo. “Ningún gobierno puede arrogarse la potestad de vetar o prohibir la palabra de un escritor, y un acto semejante no puede calificarse sino de totalitario”, declara contundentemente el manifiesto con el que

escritores como Gabriel García Márquez o Carlos Fuentes denuncian unas prácticas que en la Nicaragua del sandinismo rosa chicle, desgraciadamente, son moneda de uso común.

Pero la literatura sigue rondando en las palabras del escritor. La literatura y su relación con el periodismo, que le vino interesando desde siempre. En el estilo de Ramírez lo periodístico se filtra por todas las rendijas, pero es que incluso los periódicos le han servido de punto de partida de algunas de sus historias, como en ‘Catalina y Catalina’ (2001), un libro de cuentos que parte de las llamadas notas rojas de los periódicos, de las páginas de sucesos. “A mí me hubiera encantado ser, como fue Darío cuando llegó a Chile a los veinte años, redactor de la nota roja en el periódico de Santiago en el que trabajó. A él lo mandaban a cubrir los incendios, los crímenes... Me habría gustado ser ese reportero, pero la vida me llevó por otro lado. Entonces siempre fue para mí, y lo sigue siendo, una fascinación leer la página roja, que es más intensa en los periódicos de América Latina que en Europa, tiene mucho más realce. He descubierto que los redactores de sucesos tienen su propio estilo, que es a veces metafórico, otras real y muy directo, pero muy inventivo, con mucho de ingenio”.

“Ningún gobierno puede arrogarse la potestad de vetar o prohibir la palabra de un escritor”

Aunque a Sergio Ramírez le interese la historia y se remonte, igual a 1907 en Nicaragua, con Rubén Darío, ‘Príncipe de los Cisnes’, recibido con honores y clamor popular en su ciudad natal, a la que regresa tras una estancia en Europa, es un escritor en permanente contacto con la realidad, con el día a día, y es por eso que el mundo de los ‘blogs’, la cultura de internet, no le ha quedado ajena. ‘Cuando todos hablamos’ (2008) es testimonio de ello. Se trata de un volumen en el que recoge algunos de los

‘post’, las entradas, que ha incluido en su bitácora cibernética de ‘El Boomeran(g)’. “Cuando me propusieron escribir este blog tenía muchas dudas, porque yo no pertenecía a ese mundo. No hay que olvidar que los ‘bloggers’ pertenecen fundamentalmente al mundo de los jóvenes. Y eso hay que tenerlo en cuenta. Escribo 17 líneas diarias, que es mi medida. Estas 17 líneas son como un cajón de sastre. Busco muy diversos temas de actualidad, de literatura, de cualquier cosa. Pero el problema es estar en contacto con el lector, no despegarse de ese contacto. Cuando voy al final de mi texto y veo 0 comentarios, me aflijo mucho porque digo, ‘¡no me están leyendo!’”.

“Desgraciadamente no vivo en un país normal, por lo tanto no puedo dejar de hablar de Nicaragua”

La conversación, de nuevo, viaja a la Nicaragua de los 70, de los 80, a los sueños de la revolución, “unos sueños que fueron muy caros”. Algo que ya relató Ramírez en ‘Adiós muchachos’ (1999). Detenemos la grabadora justo en ese punto en el que le pregunto si su abandono de la política es definitivo, como él asegura. Sergio Ramírez tarda un poco en contestar. Entorna ligeramente los ojos, respira con profundidad y finalmente responde: “La vida que a mí ahora me gusta es la de levantarme a las 7 de la mañana, estar sentado frente a la computadora a las ocho y media, escribir hasta la hora del almuerzo, hablar de literatura... Mi vida es la literatura, entrar en una librería y ver qué es lo nuevo que se está escribiendo... Me gusta leer a los escritores más jóvenes, releo a los clásicos, me gusta ver los suplementos literarios... Desgraciadamente no vivo en un país normal, por lo tanto no puedo dejar de hablar de Nicaragua. Pero el tiempo mío en política ya pasó. Creo que

el país tiene que ser de los jóvenes, y si los jóvenes no lo pueden enmendar estamos verdaderamente jodidos”.

(Publicado en el número 703 de Cuadernos Hispanoamericanos –enero 2009–, págs 117-127)